NÚMERO IV OCTUBRE 7 DE 1898 AÑO I

PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Más allá de la vida de las formas
Está la vida de la eterna idea,
Más allá de los mundos que perecen
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

LA RAMA ARGENTINA «LUZ»

La Rama Argentina «Luz» de la Sociedad Teosófica ha visto en estos últimos días aumentar el número de sus miembros con el ingreso de tres hombres jóvenes distinguidos por el talento que todos les reconocen, por su amor por el estudio de los altos problemas filosóficos y por la hermosa causa de la fraternidad, así como por la preparación intelectual y por las dotes morales con que cuentan; todo lo que los coloca en condiciones de ser miembros útiles para el desenvolvimiento de los propósitos que persigue la Sociedad Teosófica.

Con tal motivo, nuestro hermano *Lanú*, Presidente de la Rama, dirigió á los recientemente ingresados al seno de ella, las palabras que reproducimos á continuación como una declaración franca y sencilla del espíritu que anima á todos los que militan en el seno de la Sociedad, cualquiera que sea la Rama á que pertenezcan, espíritu sincero de verdadero amor y de progreso, libre por consiguiente, de ódios, de prejuicios y de cobardes timideces:

Hermanos:

Hoy debe ser un día de verdadera satisfacción para nosotros, pues recibimos en nuestro seno á tres nuevos compañeros que representan por su juventud, sus condiciones morales, su inteligencia y por la aspiración generosa que los ha traído en medio de nosotros, importantes elementos de pro-

greso para la causa cuyo triunfo constituye el noble anhelo de los que forman en las filas de la Sociedad Teosófica.

Al darles en nombre de todos, la bienvenida á nuestro Centro, y al hacerles presente esa sincera satisfacción, debo asegurarles que aquí solo encontrarán brazos abiertos para estrecharlos en fraternal abrazo, un espíritu ámplio de tolerancia y de respetuosa consideración por sus diversas opiniones, - cualesquiera que ellas sean,—y decididos auxiliares en el estudio de esos problemas que tanto preocupan á la mente y al corazón del hombre y detrás de cuya solución el alma corre ansiosa eternamente.

Somos nada más que modestos estudiantes que buscan, libres de preocupaciones sectarias, y cada uno según sus aptitudes y tendencias, el camino que más pronto pueda conducir á la verdad.

Creemos que así como en el mundo físico hasta los más ínfimos y deformes séres reciben los benéficos rayos del sol, así también en el mundo del pensamiento toda opinión, por errónea que ella aparezca, lleva en su seno un rayo de la verdad, que hay que descubrir.

La verdad, como la vida, nos inunda por todas partes. No es cierto que ella se oculte á nuestras miradas, que ella se cubra de espesos velos que es necesario ir poco á poco levantando. Ella está siempre ante nosotros, desnuda y hermosa, brindándonos sus codiciados tesoros, pero nuestros ojos no la ven, y no la ven cegados por el puro resplandor que de ella emana.

Rodeados de supersticiones, que nosotros mismos nos creamos; aferrados á ideas preconcebidas, con las que crecemos y á las que amamos como si fueran miembros de nuestra propia familia; movidos por las pasiones que convierten nuestras almas en palenque de sus hazañas; constantemente trabajados por las tendencias y apetitos inferiores de nuestro sér, impedimos, por otra parte, á nuestros ojos adquirir el poder de visión que necesitan.

No es, por cierto, con ese pesado bagaje sobre nuestros hombros que treparemos la empinada cuesta, ni es sumerjiendo en la oscuridad la vista, como ella ha de acostumbrarse á la luz.

Los fantasmas nacen de la noche, y la ilusión de las tinieblas que originan las pasiones.

Para contemplar á la verdad, necesitamos antes ir fortaleciendo los ojos del espíritu, desprendiendo de ellos los tules multicolores de la ilusión tejidos únicamente por nuestra vanidad, nuestro desmedido orgullo y nuestro salvaje y feroz egoismo.

Podemos en cualquier estado en que nos encontremos, adquirir nuevos conocimientos, que nos serán más ó menos útiles y provechosos para el de-

senvolvimiento de nuestra personalidad en el medio en que estamos colocados,—conocimientos que muchas veces, también, sirven para labrar nuestra propia ruina, pues son elementos de que á veces aprovechamos en la satisfacción de innobles aspiraciones,—pero, ellos quedarán siempre reducidos, como hasta ahora ha sucedido, á límites estrechos con relación á las causas que queremos investigar.

El viajero en la Pampa, que recorre sobre el caballo estensiones considerables, recreando la vista con encantadores panoramas, refrescando sus labios con aguas puras y cristalinas, y los cansados pulmones con el ambiente oxigenado de los campos,—lo que beneficia indudablemente su salud dando nuevo vigor al cuerpo y alegría al espíritu,—no por eso adelanta un solo paso hacia el horizonte que tiene siempre á la vista, pues no es persiguiéndola sobre el lomo del caballo que alcanzará á tocar esa ilusión de nuestros pobres sentidos,—á los que tanto valor atribuímos á pesar de la facilidad con que amenudo se dejan sujestionar. Del mismo modo no es cabalgando sobre las miserables pasiones ó sobre las preocupaciones de todo género que nuestra fatuidad nos crea, que podremos jamás percibir la luz que, como el horizonte, nos rodea.

La experiencia de los siglos, está ahí para probarlo.

Descubrimos hoy los efectos del movimiento, del calor, de la luz, de la electricidad, como antes descubrimos el carbón y el hierro, que dieron nacimiento á las industrias; el oro que impulsó vigorosamente al comercio; la brújula que hizo posibles los viajes al través de los mares y de los desiertos y por fin, la imprenta, que puso en circulación al pensamiento humano por todos los ámbitos de la tierra, fijando de una manera permanente sus conquistas y constituyendo sobre los restos de la antigua una nueva civilización; y, sin embargo, todavía descendemos á la tumba tan ignorantes como el primer día de lo que más nos agita y más nos importa conocer!

¿Es que pesa alguna maldición sobre los hombres? Estaremos, acaso, condenados á jirar perpétuamente en torno de un enigma que tiene por fuerza que ser indescifrable? ¿Para qué la razón, si ella no nos ha de servir en lo que únicamente, ó sobre todas las cosas, debe interesarnos? Si cuando pretendemos usarla en la investigación de nosotros mismos, si cuando queremos que nos diga *qué* y *quién* somos, *cuál* es nuestro orígen, *cuál* el fin para realizar el que tanto nos afanamos y tanto sufrimos, se nos ha de motejar de que damos pruebas de haberla perdido, porque esos son problemas insolubles para nuestra mente; más valiera no haberla poseido jamás y, como el ani-

mal, dichoso en su inconciencia, dejarnos conducir por el instinto que le proporciona, al menos, cuanto él puede apetecer.

¿Para qué traemos, encerrado entre nosotros, ese fuego que sólo se apaga con la vida, y que pone en movimiento contínuo á las diversas piezas de nuestro mecanismo interno; esa aspiración constante del alma, que nos arrastra, sin que la voluntad intervenga, á buscar la misteriosa explicación? Será, por ventura, para que el hombre viva con un tormento más?

No, mis hermanos. El hombre está llamado á ser el Rey de la Naturaleza, y ésta posee la verdadera clave del misterio. Pero, para dominar á la Naturaleza, para arrancarle el arcano que lo ha de poner en posesión de la verdad, necesita primero arrancarse á sí mismo, con mano segura y firme, los groseros velos de la ignorancia en que se envuelve. Tiene la razón, que le enseña á discernir lo bueno de lo malo; tiene la voluntad, para adoptar el camino que la razón le indica; y tiene para mover á ésta, el sentimiento que le habla con sus informes acentos.

¿Por qué, pues, dueño de tan poderosos elementos, se siente impotente, en medio de su ridículo orgullo, para afrontar de una vez la lucha que tiene que darle el triunfo? Sencillamente, porque ofuscado por la vanidad que hizo nacer en él las conquistas de su inteligencia,—las más fáciles de obtener porque no tienen por teatro el propio corazón,—no ha sabido desarrollar en armonía sus facultades, y vive con ellas en perfecto desequilibrio, que él mismo se complace cada vez más en aumentar, arrastrado por aquel error.

Disipar la ignorancia no significa, como generalmente se cree, abrir sólo las puertas de la inteligencia á toda clase de conocimientos. El hombre que se complace en dar rienda suelta á sus bastardos sentimientos, como aquel que no se cuida de cultivar los que serán mañana la base de su felicidad, por más ilustración que posea, es mil veces más ignorante, en mi opinión, que el humilde sujeto que desconociendo los adelantos de la ciencia, sabe dominar y dirigir sus pasiones, encaminándolas hacia un fin benéfico y grande; desde que el primero ignora lo que más le conviene conocer: la fuerza que se encierra en la bondad y la necesidad en que se encuentra de ser bueno.

El día en que el hombre abandone el error en que se debate; en que, convencido de la insuficiencia de los métodos de investigación que ha usado hasta hoy, los deseche por impotentes; cuando se aperciba que teniendo dos piernas para marchar, ha pasado la vida saltando sobre una sola y dejando por ello, debilitar á la otra; cuando, en una palabra, comprenda que no puede despreciar las voces del sentimiento que le indican el camino que á la inteli-

gencia toca el explorar; cuando, por fin, se decida á penetrar en su interior, dentro de su corazón, donde tiene un universo entero abierto á su estudio, tan grande como el universo que nos rodea; entonces, y recien entonces, puede asegurar que se ha puesto en el sendero que lo ha de conducir rectamente, si sabe mantener libre de moho los instrumentos de trabajo, al conocimiento de verdades que de otro modo nunca alcanzará.

Es esto lo que la Sociedad Teosófica se ha impuesto como misión el hacer comprender, y el nombre que ha adoptado para designarse es un verdadero simbolismo que expresa fielmente aquel propósito. Teosofía significa Ciencia, toda la ciencia; Teosofía, significa religión; porque Teosofía es verdad, es decir, lo que busca la ciencia, á lo que rinde culto la religión.

Antes de terminar esta lijera exposición, que he creído conveniente hacer con motivo de la recepción de nuestros nuevos hermanos, insistiré con estos en la manifestación que hice al empezar. Aquí no encontrarán sino modestos estudiantes. Todo lo que podemos ofrecerles de nuevo para sus estudios, es nuestra buena voluntad, y el concurso de las ideas de cada cual; ideas que son en cada uno el resultado del esfuerzo individual y constante, sin que por eso nadie tenga la pretensión de juzgarlas invariables desde el momento en que todos buscamos la luz con espíritu imparcial.

Cualquiera que sean las impresiones recibidas en el curso de nuestras reuniones, por nuestros nuevos hermanos, impresiones que todos nos esforzaremos siempre porque sean las mejores posibles, no dudamos que sabrán hacer honor á la palabra empeñada de antemano en el formulario que han suscrito, con respecto á la Sociedad que se complace en recibirlos en su seno y con respecto á los miembros de ella, todos animados de amables sentimientos.

LA DOCTRINA ESOTÉRICA (1)

Estoy persuadido de que vendrá un día en que el fisiologista, el poeta y el filósofo hablarán el mismo idioma y se entenderán todos.

Claude Bernard.

El mayor mal de nuestro tiempo es que la Ciencia y la Religión aparecen en él como dos fuerzas enemigas é irreducibles; mal intelectual tanto más pernicioso cuanto que viene de arriba y se infiltra sorda pero segura-

(1) Traducido de «Los Grandes Iniciados».

mente en todos los espíritus, como un veneno sutil que se respira en el aire. Y todo mal de la inteligencia se convierte con el tiempo en mal del alma y por consecuencia en un mal social.

Mientras que el cristianismo no hizo sino afirmar ingenuamente la fe cristiana en medio de una Europa todavía semi bárbara, como en la edad media, él fué la más grande de las fuerzas morales, pues ha formado el alma del hombre moderno. Mientras que la Ciencia experimental, abiertamente reconstituída en el siglo XVI, no hizo sino reivindicar los derechos legítimos de la razón y su libertad ilimitada, fué la más grande de las fuerzas intelectuales, pues ha renovado la faz del mundo, libertado al hombre de cadenas seculares y proveido al espíritu humano de bases indestructibles.

Pero desde que la iglesia, no pudiendo probar su dogma primario ante las objeciones de la Ciencia, se ha encerrado en él como en una casa sin ventana, oponiendo la fe á la razón como una órden absoluta é indiscutible; y desde que la Ciencia, embriagada con sus descubrimientos en el mundo físico, haciendo abstracción del mundo psíquico é intelectual, se ha vuelto agnóstica en su método, materialista en sus principios como en su fin; desde que la Filosofía, desorientada é impotente entre ambas, ha abdicado en cierto modo sus derechos para caer en un escepticismo trascendente, se produjo un desacuerdo profundo en el alma de la sociedad como en la de los individuos. Ese conflicto, desde luego necesario y útil, pues que ha establecido los derechos de la Razón y de la Ciencia, ha concluido por convertirse en una causa de impotencia y de extenuación. La Religión responde á las necesidades de corazón, y de ahí su magia eterna; la Ciencia responde á las del espíritu, de ahí su fuerza invencible. Pero desde hace mucho tiempo esas fuerzas no saben ya entenderse. La Religión sin pruebas y la Ciencia sin esperanza están de pié, una frente á la otra, desafiándose sin poder vencerse.

De ahí una contradicción profunda, una guerra oculta, no sólo entre el Estado y la Iglesia, sino aún en la Ciencia misma, en el seno de todas las iglesias y hasta en la conciencia de todos los individuos pensantes. Pues, quien quiera que seamos, y á cualquiera escuela filosófica, estética y social á que pertenezcamos, llevamos en nosotros esos dos mundos enemigos, irreconciliables en apariencia, que nacen de dos necesidades indestructibles del hombre: la necesidad científica y la necesidad religiosa. Esta situación, que dura hace más de cien años, no ha contribuído poco seguramente á desenvolver las facultades humanas dirigiéndolas las unas contra las otras. Ellas han inspirado á la poesía y á la música patéticos y grandiosos acentos. Pero hoy, la tensión prolongada y sobre aguda ha producido el efecto contrario.

Como el abatimiento sucede á la fiebre en un enfermo, ella se ha cambiado en marasmo, en disgusto, en impotencia. La Ciencia no se ocupa sino del mundo físico y material; la filosofía moral ha perdido la dirección de las inteligencias; la Religión gobierna todavía hasta cierto punto á las masas, pero no reina ya sobre las cimas sociales; siempre grande por la caridad, no resplandece más por la fe. Los guías intelectuales de nuestro tiempo son incrédulos ó escépticos perfectamente sinceros y leales; pero dudan de su arte y se miran sonrientes como los agoreros romanos. En público, en privado, predican las catástrofes sociales sin encontrarles remedio, ó envuelven sus sombríos oráculos de prudentes eufemismos.

Bajo tales auspicios, la literatura y el arte han perdido el sentido de lo divino. Deshabituada de los horizontes eternos, una gran parte de la juventud, se ha entregado á lo que sus nuevos maestros denominan el naturalismo, degradando así el hermoso nombre de Naturaleza; pues lo que decoran con ese vocablo, no es más que la apología de los bajos instintos el fango del vicio ó la pintura complaciente de nuestras platitudes sociales; en una palabra, la negación sistemática del alma y de la inteligencia. Y la pobre Psiquis perdidas sus alas, gime y suspira de una manera estraña en el interior de aquellos mismos que la insultan y la niegan.

A fuerza de materialismo, de positivismo y de esceptisismo, este fin de siglo ha llegado á formarse una falsa idea de la Verdad y del Progreso.

Nuestros sabios, que practican el método esperimental de Bacon por el estudio del universo visible con una precisión maravillosa y resultados admirables, se forman de la Verdad una idea completamente exterior y material. Piensan que uno se acerca á ella á medida que se acumula un número mayor de hechos.

En la esfera en que actúan tienen razón. Lo que hay de grave es que nuestros filósofos y nuestros moralistas han concluido por pensar lo mismo y siguiendo esta vía es seguro que las cosas primeras y los fines últimos permanecerán por siempre impenetrables para el espíritu humano.

Suponed que sepamos exactamente lo que pasa, hablando materialmente, en todos los planetas del sistema solar,—lo que sea dicho de paso, sería una magnífica base de inducción;—admitid, también, que sepamos qué clase de habitantes encierran los satélites de Sirius y de varias estrellas de la vía láctea. Es indudable que sería maravilloso el saber todo eso, pero ¿habríamos adquirido por ello mayores conocimientos respecto de la totalidad

de nuestra pleyada estelar, sin hablar de la nebulosa de Andrómeda y de las nubes de Magallanes. (1).

Todo esto hace que nuestra época conciba el desarrollo de la humanidad como la marcha eterna hacia una verdad indefinible, y para siempre inaccesible.

He ahi la concepción de la filosofía positivista de Augusto Comte y de Herbert Spencer que ha prevalecido en nuestros dias.

Pero, la Verdad era otra cosa para los sabios del Oriente y de la Grecia. Ellos sabian, sin duda, que no se la puede poseer y equilibrar sin un conocimiento sumario del mundo físico, como sabian también que aquella reside ante todo en nosotros mismos, en los principios intelectuales y en la vida espiritual del alma. Para ellos, el alma era la única, la divina realidad y la llave del universo. Conduciendo su voluntad á su centro, desarrollando en él sus facultades latentes, ellos alcanzaban ese foco vivo que llamaban Dios, cuya luz hace comprender á los hombres y á los séres.

Para ellos, lo que llamamos el Progreso, es decir, la historia del mundo y de los hombres, no era sino la evolución en el tiempo y en el espacio de esta Causa central y de este Fin último.

Creeis acaso que esos teósofos fueron simples contemplativos, soñadores impotentes, fakíres encaramados sobre sus columnas? Error. El mundo no ha conocido más grandes hombres de acción en el sentido más fecundo, más incalculable de la palabra. Brillan como estrellas de primera magnitud en el cielo de las almas, y se llaman: Krishna, Buddha, Zoroastro, Hermés, Moises, Pytágoras, Jesus, quienes fueron poderosos moldeadores de espíritus, formidables despertadores de almas, saludables organizadores de sociedades.

No viviendo sino por su idea, siempre prontos á morir y sabiendo que la muerte por la Verdad es la acción eficaz y suprema, han creado las ciencias y las religiones, por consiguiente las letras y las artes cuyo jugo nos alimenta todavía y nos hace vivir. Y qué es lo que está en camino de producir el positivismo y el escepticismo de nuestros dias? Una generación seca, sin ideal, sin luz y sin fé, no creyendo ni en el alma ni en Dios, ni en el porvenir de la humanidad, ni en esta vida ni en la otra, sin energía en la voluntad, dudando de sí misma y de la libertad humana.

«Es por sus frutos que los juzgareis», ha dicho Jesus y esa frase del Maestro de los maestros se aplica á las doctrinas como á los hombres. Sí, este pensamiento se impone: O la verdad es para siempre inaccesible al hombre ó ella

(1) Las dos manchas blancas que se observan en el Sur de nuestro cielo.

ha sido poseida en gran parte por los más grandes sábios y los primeros iniciadores de la tierra. Ella se encuentra, pues, en el fondo de todas las grandes religiones y en los libros sagrados de todos los pueblos. Solamente es necesario saber encontrarla y desprenderla de ellos.

Si se contempla la historia de las religiones con ojos iluminados por esa verdad central que solo puede dar la iniciación interior, uno se sorprende y maravilla á la vez. Lo que se apercibe entonces no se asemeja de ningún modo á lo que enseña la Iglesia, quien limita la revelación al cristianismo y no la admite sinó en su sentido primario; del mismo modo que nos pasa con lo que enseña la ciencia puramente naturalista en nuestra Universidad. Esta se coloca, sin embargo, en un punto de vista más vasto, poniendo á todas las religiones en la misma línea y aplicándoles un método único de investigación. Su erudición es profunda, su celo admirable, pero no se ha elevado todavía *al punto de vista del esoterismo comparado*, el que presenta á la historia de las religiones y de la humanidad bajo un aspecto enteramente nuevo. Hé aquí lo que se apercibe desde esta altura:

Todas las grandes religiones tienen una historia exterior y una historia interior; la una aparente, la otra oculta. Por la historia exterior, entiendo los dogmas y los mitos enseñados públicamente en los templos y en las escuelas, reconocidos en el culto y en las supersticiones populares. Por la historia interior, entiendo la ciencia profunda, la doctrina secreta, la acción oculta de los grandes iniciados, profetas ó reformadores que han creado, sostenido y propagado esas mismas religiones. La primera, la historia oficial, aquella que se lee en todas partes, tiene lugar á la luz del día aunque no por eso es menos oscura, embrollada y contradictora. La segunda, á la que llamo la tradición esotérica ó la doctrina de los Misterios, es muy difícil de discernir, pues se pasa en el fondo de los templos, en las congregaciones secretas, y sus más sorprendentes dramas se desenvuelven completamente en el alma de los grandes profetas, quienes no han confiado á ningún pergamino y á ningún discípulo sus crísis supremas, sus éxtasis divinos. Es necesario, pues, adivinarla. Pero una vez que se la vé, ella aparece luminosa, orgánica, siempre en armonía consigo misma. Se podría también llamarla la historia de la religión eterna y universal. En ella se muestra lo más oculto de las cosas, *el sitio* de la conciencia humana, cuya historia no nos presenta sinó el laborioso *reverso*. Allí alcanzamos el punto generador de la Religión y de la Filosofía, las que se vuelven á unir en el otro extremo de la elipse por la ciencia integral. Ese punto corresponde á las verdades trascendentes. Allí en-

contramos la causa, el orígen y el fin del prodigioso trabajo de los siglos, á la Providencia en sus agentes terrestres.

Para la raza ária, el gérmen y la semilla se encuentran en los Vedas.

Su primera cristalización histórica aparece en la doctrina trinitaria de Krishna, quien dá al brahmanismo su potencia, á la religión de la India su sello indeleble. Buddha, quien según la cronología de las brahmas, sería posterior á Krishna en dos mil cuatrocientos años, no hace sinó dar á luz otra faz de la doctrina oculta, la de la metempsícosis y de la série de las existencias encadenadas por la ley del Karma. Aunque el budhismo fué una revolución democrática, social y moral contra el brahmanismo aristocrático y sacerdotal, su fondo metafísico es el mismo, pero menos completo.

La antigüedad de la doctrina sagrada no es menos sorprendente en Egipto, cuyas tradiciones remontan hasta una civilización muy anterior á la aparición de la raza ária en la escena de la historia. Era, pues, de suponer, hasta en estos últimos tiempos, que el monismo trinitario expuesto en los libros griegos de Hermés Trismegisto fuese una compilación de la escuela de Alejandria bajo la doble influencia del judeo-cristianismo y del neo-platonismo. Y de un común acuerdo, creyentes ó incrédulos, historiadores y teólogos no han cesado de afirmarlo hasta el día. Pero esta teoría cae hoy ante los descubrimientos de la epigrafía egipcia. La autenticidad fundamental de los libros de Hermés como documentos de la antigua sabiduría del Egipto, resalta triunfante de los geroglíficos explicados. No solamente las inscripciones estelegráficas de Tebas y de Menfis confirman toda la cronología de Manéthon, si no demuestran también que los sacerdotes de Ammon-Rá profesaban la alta metafísica que se enseñaba bajo otras formas en las orillas del Ganges (1). Y puede decirse con el profeta hebreo que la «piedra habla y el muro lanza su grito.»

Semejante al «sol de media noche» que brillaba, se dice, en los Misterios de Isis y de Osiris, el pensamiento de Hermés, la antigua doctrina del verbo solar ha vuelto á resplandecer en las tumbas de los Reyes y brilla hasta sobre las papirus del *libro de los Muertos*, guardados por momias de cuatro mil años.

En Grecia, el pensamiento esotérico es á la vez más visible y más encubierto que en otra parte; es más visible porque se enreda á traves de una mitología humana y cautivadora, porque corre como una sangre de ambrosia

(1) Véanse los hermosos trabajos de Fraucois Lenormant y de M. Maspéro.

por las venas de esta civilización, y brota por todos los poros de su Dioses como un perfume y como un rocío celeste. Por otra parte, el pensamiento profundo y científico que presidió á la concepción de todos esos mitos, es con frecuencia más difícil de penetrar á causa de su misma seducción y de los embellecimientos que á ella han agregado los poetas; pero los principios sublimes de la teosofía doriana y de la sabiduría délfica están inscriptos en letras de oro en los fragmentos órficos y en la síntesis pitagórica, no menos que en la vulgarización dialéctica y un poco fantasista de Platón. La escuela de Alejandría, en fin, nos dá claves útiles, pues ella fué la primera en publicar en parte y en comentar el sentido de los misterios, en medio de la relajación de la religión griega y frente al cristianismo creciente.

La tradición oculta de Israel, que procede á la vez del Egipto, de la Caldea y de la Pérsia, nos ha sido conservada bajo formas extravagantes y oscuras pero en toda su profundidad y su estensión por la *Kábbala* ó tradición oral, desde el *Sohar* y el *Sépher Jézirah* atribuido á Simón Ben Jochaï hasta los comentarios de Maïmónides. Misteriosamente encerrada en el Génesis y en la simbólica de los profetas, resalta de una manera sorprendente del admirable trabajo de Fabre de Olivet sobre la *lengua hebraica restituida*, donde tiende aquel á reconstruir la verdadera cosmogonía de Moíses según el método egipcio, según el triple sentido de cada versículo y casi de cada palabra de los diez primeros capítulos del Génesis.

En cuanto al esoterismo cristiano, resplandece por sí mismo en los Evangelios iluminados por las tradiciones esenias y gnósticas. Brotó como de una fuente viva de la palabra del Cristo, de sus parábolas, del fondo mismo de esta alma incomparable y verdaderamente divina. Al mismo tiempo el Evangelio de San Juan nos dá las claves de la enseñanza íntima y superior de Jesús con el sentido y el alcance de su promesa. Allí volvemos á encontrar esa doctrina de la Trinidad y del Verbo Divino ya enseñado desde hace millares de años en los templos del Egipto y de la India, pero vigorizada y personificada por el príncipe de los iniciados, por el más grande de los hijos de Dios. La aplicación del método que he llamado el esoterismo comparado á la historia de las religiones, nos conduce, pues, á un resultado de una alta importancia, que se resume así: la antigüedad, la continuidad y la unidad esencial de la doctrina esotérica. Es necesario reconocer que es este un hecho muy notable, pues él supone que los sabios y los profetas en los tiempos más diversos han llegado á conclusiones idénticas en cuanto al fondo, aunque diferentes en la forma, sobre las verdades primeras y últimas, y siempre

por la misma via de la iniciación interior y de la meditación. Agreguemos que esos sabios y profetas fueran los más grandes bienhechores de la humanidad, los salvadores cuya fuerza redentora arranca á los hombres del abismo de la naturaleza inferior y de la negación. ¿No podríamos decir, después de esto, que hay, según la expresión de Leibnitz una especie de filosofía eterna, *Perennis quaedam philosophia,* que constituye el laso principal de la ciencia y de la religión y su unidad final?

La teosofía antigua profesada en la India, en Egipto y en Grecia constituía una verdadera enciclopedia, dividida generalmente en cuatro categorías: 1°. la *Theogonia* ó ciencia de los principios absolutos, idéntica á la *ciencia de los Números* aplicada al universo, ó las matemáticas sagradas; 2° *la Cosmogonía*, realización de los principios eternos en el espacio y el tiempo, ó *involución* del espíritu en la materia; períodos del mundo; 3° *la Psicología*; constitución del hombre; *evolución* del alma á traves de la cadena de las existencias; 4° *La Física*, ciencia de los reinos de la naturaleza terrestre y de sus propiedades. —El método inductivo y el método esperimental se combinaban y se controlaban el uno por el otro en estos diversos órdenes de ciencias, y á cada uno de ello correspondía un arte. Eran, tomándolas en el orden inverso, y principiando por la ciencia física: 1° una *Medicina especial* fundada en el conocimiento de las propiedades ocultas de los minerales, de las plantas y de los animales; la *Alquimia* ó trasmutación de los metales, desintegración y reintegración de la materia por el agente universal, arte practicado en el Egipto antiguo según Olympiodoro y llamado por él crysopea y argyropea, fabricación del oro y de la plata; 2° *las Artes psicúrgicas* correspondiendo á las fuerzas del alma: májia y adivinación; 3° *la Genethliaca celeste* ó astrología, ó el arte de descubrir la relación entre los destinos de los pueblos ó de los individuos y los movimientos del universo marcados por las revoluciones de los astros; 4° *la Teurgía*, el arte supremo del mago, tan raro como peligroso y difícil, aquel que pone al alma en relación conciente con los diversos órdenes de espíritus y actúa sobre ellos.

Como se ve, ciencias y artes, todo estaba encerrado en esta teosofía y derivaba de un mismo principio que llamaré en lenguage moderno *el monismo intelectual, el espiritualismo evolutivo y trascendente.* Se puede formular, pues, como sigue los principios esenciales de la doctrina esotérica:—El espíritu es la única realidad. La materia no es más que su expresión inferior, cambiante, efímera, su dinamismo en el espacio y el tiempo.—La creación es eterna y contínua como la vida.—El microcosmo-hombre es por su constitución ternaria: (espíritu, alma y cuerpo) la imagen y el espejo del macrocosmo—universo

(mundo divino, humano y natural), que es él mismo el órgano del Dios inefable, del Espíritu absoluto, el cual es por su naturaleza: Padre, Madre é Hijo (esencia, substancia y vida).

He ahí por que el hombre, imágen de Dios, puede convertirse en su verbo vivo. La gnósis ó la mística racional de todos los tiempos, es el arte de encontrar á Dios en sí desarrollando las profundidades ocultas, las facultades latentes de la conciencia. El alma humana, la individualidad, es inmortal por esencia. Su desarrollo se opera en un plano á la vez descendente y ascendente, por existencias alternativamente espirituales y corporales.—La reencarnación es la ley de su evolución. Una vez que ha llegado á su perfección, escapa y vuelve al Espíritu puro, á Dios, en la plenitud de su conciencia. Lo mismo que el alma se eleva por encima de la ley de la lucha por la vida, cuando tiene conciencia de su humanidad, del mismo modo se eleva por encima de la ley de la reencarnación cuando adquiere la conciencia de su divinidad.

Las perspectivas que se descubren en el dintel de la teosofía son inmensas, sobre todo cuando se las compara al estrecho y desconsolador horizonte donde el materialismo encierra al hombre, ó á los datos infantiles é inaceptables de la teología clerical. Apercibiéndolas por la primera vez, se experimenta el deslumbramiento, el escalofrío de lo infinito. Las profundidades del Inconciente se abren en nosotros mismos, nos muestran el abismo de donde salimos, las alturas vertiginosas á que aspiramos. Arrebatados por esta inmensidad, pero espantados del viaje, deseamos no existir, hacemos un llamado al *Nirvana!* pero en seguida, nos apercibimos que esta debilidad no es más que la lasitud del marino pronto á abandonar el remo en medio de la borrasca. Alguien ha dicho: el hombre ha nacido en el hueco de una ola y no conoce nada del vasto oceano que se estiende por detrás y delante de él. Esto es indudable; pero la mística trascendente impulsa nuestra barca sobre la cresta de aquella, y allí, siempre batidos por la furia de la tempestad, nos posesionamos de su ritmo grandioso; y los ojos, midiendo la bóveda del cielo, se reposan en la calma de su infinita inmensidad.

La sorpresa aumenta, si, volviendo á las ciencias modernas, se constata que desde Bacon y Descartes, estas tienden involuntariamente, pero con tanta más seguridad, á volver á los datos de la antigua teosofía. Sin abandonar la hipótesis de los átomos, la física moderna ha llegado insensiblemente á identificar la idea de materia con la idea de fuerza, lo que es un paso hácia el dinamismo espiritualista. Para explicar la luz, el magnetismo, la electricidad, los sabios han debido admitir una materia sutil y absolutamente impondera-

ble, que llena el espacio y penetrando á todos los cuerpos, materia á la que han llamado éter lo que es un paso hacia la antigua idea teosófica del *alma del mundo*. En cuanto á la impresionabilidad, á la inteligente docilidad de esta materia, resalta de una reciente experiencia que prueba la trasmisión del sonido por la luz. (1)—De todas las ciencias, aquellas que parecen haber comprometido más al espiritualismo, son la zoología comparada y la antropología; pero en realidad, ellas lo han servido, mostrando la ley y la manera de intervenir del mundo inteligible en el mundo animal.

Darwin ha concluído con la idea infantil de la creación según la teología primaria. En lo referente á esto, no ha hecho más que volver á la idea de la antigua teosofía. Ya Pitágoras había dicho: «el hombre es pariente del animal.» Darwin ha expuesto las leyes á las cuales obedece la naturaleza para ejecutar el plan divino, leyes instrumentarias que son: la lucha por la vida, la herencia y la selección natural. Ha probado la variabilidad de las especies, ha reducido su número y ha establecido la relación entre ellas; pero sus discípulos, los teóricos del transformismo absoluto, que han querido hacer salir á todas las especies de un solo prototipo y hacer depender su aparición solo de las influencias de los medios, han forzado los hechos en favor de una concepción puramente externa y materialista de la naturaleza. Nó, los medios no explican las especies, como las leyes físicas no explican las leyes químicas, como la química no explica el principio evolutivo del vegetal, ni éste el principio evolutivo de los animales. En cuanto á las grandes familias de animales, ellas corresponden á los tipos eternos de la vida, rúbricas del Espíritu, que marcan la escala de la conciencia. La aparición de los mamíferos después de los reptiles y de los pájaros, no tiene su razón de ser en un cambio del medio terrestre; no siendo esto más que la condición de aquella. Ella supone una nueva embriogénia, por consiguiente una nueva fuerza intelectual y anímica actuando por el interior y el fondo de la naturaleza, la que llamamos el más allá relativamente á la percepción de los sentidos. Sin esta fuerza intelectual y anímica no se explicaría ni siquiera la aparición de una célula organizada en el mundo inorgánico. En fin, el Hombre que resume y corona la série de los séres, revela todo el pensamiento divino por

(1) Experiencia de Bell. Se dirije un rayo de luz sobre una placa de sélènium, la cual la envía á distancia sobre otra placa del mismo metal, esta comunica con una pila galvánica á la cual se adapta un teléfono. Las palabras pronunciadas detrás de la primera placa se oyen distintamente en el teléfono situado después de la segunda. El rayo de luz ha servido, pues, de hilo telefónico. Las ondas sonoras se han transformado en ondas luminosas, estas en ondas galvánicas y éstas últimas se han vuelto de nuevo ondas sonoras.

la armonía de los órganos y la perfección de la forma, efigie viva del Alma universal, de la Inteligencia activa. Condensando todas las leyes de la evolución y toda la naturaleza en su cuerpo, él la domina y se eleva por encima de ella, para entrar por la conciencia y por la libertad en el reino infinito del Espíritu.

La psicología experimental apoyada en la fisiología, que tiende desde los comienzos del siglo á convertirse en una ciencia, ha conducido á los sábios contemporáneos hasta el dintel de otro mundo, el mundo propio del alma, donde, sin que cesen las analogías, reinan leyes nuevas. Quiero referirme á los estudios y á las constataciones médicas de este siglo sobre el magnetismo animal, sobre el sonambulismo y sobre todos los estados del alma diferentes de la vigilia, desde el sueño lúcido á traves de la doble vista hasta el éxtasis. La ciencia moderna no ha hecho todavía sinó tantear en ese dominio, en el cual la ciencia de los templos antiguos había sabido orientarse, porque ella poseía los principios y las claves necesarias de él. No es menos cierto que ella ha descubierto todo un órden de hechos que le han parecido sorprendentes, maravillosos, inexplicables, porque contradicen positivamente todas las teorías materialistas, bajo cuyo imperio ella se ha habituado á pensar y experimentar. No hay nada más instructivo que la incredulidad indignada de ciertos sábios materialistas ante todos los fenómenos que tienden á probar la existencia de un mundo invisible y espiritual. Cualquiera que hoy trate de probar el alma, escandaliza á la ortodoxia del ateismo, tanto cuanto se escandalizaba en otro tiempo á la ortodoxia de la Iglesia, negando á Dios.

Es cierto que uno no arriesga ya su vida, pero arriesga su reputación.— Sea lo que sea, lo que resalta del más simple fenómeno de sugestión mental á distancia y por el pensamiento puro, fenómeno constatado mil veces en los anales del magnetismo (1), es un modo de acción del espíritu y de la voluntad fuera de las leyes físicas y del mundo visible. La puerta del Invisible está, pues, abierta. En los altos fenómenos del sonambulismo, ese mundo se abre por completo. Pero solo me refiero en esto á lo que ha sido constatado por la ciencia oficial.

Si pasamos de la psicología esperimental y objetiva á la psicología íntima y subjetiva de nuestro tiempo que se expresa en poesía, en música y en literatura, encontramos que un inmenso soplo de exoterismo inconciente los compenetra. Jamás la aspiración á la vida espiritual, al mundo invisible rechazada por las teorías materialistas de los sabios y por la opinión mun-

(1) Véase el libro del Sr. Ochorowitz sobre la *sugestión mental*.

dana, ha sido más séria y más real. Se vuelve á encontrar esta aspiración en los pesares, en las dudas, en las negras melancolías y hasta en las blasfemias de nuestras romancistas y naturalistas y de nuestros poetas decadentes. Nunca el alma humana ha tenido un sentimiento más profundo de la insuficiencia, de la miseria, de lo irreal de su vida presente, jamás ha aspirado más ardientemente al más invisible más allá, sin conseguir creer en él. Alguna vez su intuición llega á formular verdades trascendentes que no hacen parte del sistema admitido por su razón, que contradicen sus opiniones conocidas y que son involuntarias fulguraciones de su conciencia oculta. Para probarlo, citaré el siguiente párrafo de un raro pensador que ha mostrado toda la amargura y toda la soledad moral de estos tiempos. «Cada esfera del sér, dice Federico Amiel, tiende á una esfera más elevada y tiene de ella revelaciones y presentimientos. El ideal, bajo todas sus formas, es la anticipación, la visión profética de esta existencia superior á la suya, á la cual cada sér aspira siempre. Esta existencia superior en dignidad es más interior por su naturaleza, es decir, más espiritual. Como nos traen los volcanes los secretos del interior del globo, el entusiasmo, y el éxtasis son explosiones pasajeras de ese mundo interior del alma, y la vida humana no es más que la preparación y el advenimiento á esa vida espiritual. Los grados de la iniciación son innumerables. Así pues, vela, discípulo de la vida, crisálida de un ángel, trabaja por tu conocimiento futuro, pues la odisea divina no es más que una série de metamórfosis cada vez más etéreas, en la cual cada forma, resultado de las precedentes, es la condición de las que siguen. La vida divina es una série de muertes sucesivas en las cuales el espíritu arroja sus imperfecciones y sus símbolos y cede á la atracción creciente del centro de gravitación inefable, del sol de la inteligencia y del amor». Habitualmente Amiel no era más que un hegeliano muy inteligente, reforzado de un moralista superior.

El día en que escribía esas líneas inspiradas, fué un profundo teósofo, pues no se podría expresar con mayor colorido y de una manera más luminosa la esencia misma de la verdad esotérica.

Estos esbozos bastan para demostrar que la ciencia y el espíritu moderno se preparan sin saberlo y sin quererlo á una reconstitución de la antigua teosofía con instrumentos más preciosos y sobre una base más sólida. Según la palabra de Lamartine, la humanidad es un tejedor que trabaja detras del telar en la trama de los tiempos. Vendrá un día, en que pasando del otro lado de la tela, ella contemplará el cuadro magnífico y grandioso que había tejido durante siglos con sus propias manos, sin ver en él otra cosa que el revoltijo de los

hilos entrecruzados en el reverso. Ese día ella saludará á la Providencia manifestada en sí misma. Entonces se confirmarán las palabras de un escrito hermético contemporáneo, y estas no parecerán demasiado audaces á aquellos que han penetrado bien profundamente en las tradiciones ocultas como para sospechar su maravillosa unidad: «la doctrina esotérica no es solamente una ciencia, una filosofía, una moral, una religión. Ella es *la* ciencia, *la* filosofía, *la* moral y *la* religión, de las cuales todas las demás no son sino preparaciones ó degeneraciones, expresiones parciales ó falseadas, según se encarrilen en aquellas ó se desvíen de ellas». (1)

. . . . . .

La hora es de las más graves y las consecuencias extremas del agnosticismo empiezan á hacerse sentir por la desorganización social. Se trata para nuestra Francia, como para la Europa, de ser ó de no ser. Se trata de asentar sobre sus bases indestructibles á las verdades centrales, orgánicas, ó de arrojarlas definitivamente al abismo del materialismo y de la anarquía.

La Ciencia y la Religión, esos guardianes de la civilización, han perdido la una y la otra su don supremo, su mágia, la de la educación grande y fuerte. Los templos de la India y del Egipto han producido los más grandes sabios de la tierra; los templos griegos han modelado héroes y poetas; los apóstoles del Cristo han sido mártires sublimes y han creado millares de otros; la Iglesia de la Edad Media, á pesar de su teología primaria, ha hecho santos y caballeros, por que ella creía y por que el espíritu del Cristo se ajitaba en ella. Hoy, ni la iglesia aprisionada en su dogma, ni la ciencia encerrada en la materia, saben ya hacer hombres completos. El arte de crear y de formar las almas se ha perdido y no se volverá á encontrar sino cuando la Ciencia y la Religión, refundidas en una fuerza viva se dediquen y de un común acuerdo unidas al bien y á la salvación de la humanidad.

Para esto, la Ciencia no tendrá que cambiar de método, sino estender su dominio; ni el cristianismo que cambiar de tradición, sino de comprender sus orígenes, su espíritu y alcance.

Ese tiempo de regeneración intelectual y de transformación social llegará, estamos seguro de ello.

Ya lo comunican seguros presagios. Cuando la Ciencia sepa, la Religión podrá y el hombre actuará con una nueva energía.

El arte de la vida y todas las artes no pueden renacer sino por la armonía de aquellas.

---

(1)--The perfect way of finding *Christ* por Ana Hingsford y Mailand. Londres, 1882.

Pero mientras tanto, ¿qué hacer en este fin de siglo, que se asemeja á un descenso en el abismo, con un crepúsculo amenazante, cuando su comienzo pareció como la subida hácia las libres cimas iluminada por los reflejos de una brillante aurora?

La fe, ha dicho un gran autor, es el valor del espíritu que se lanza hacia adelante, seguro de encontrar la verdad. Esta fe no es la enemiga de la razón, sino su antorcha. Es la de Cristóbal Colón y de Galileo, que quiere la prueba y la contra prueba, *provando é riprovando*, y es la única posible hoy.

Para aquellos que la han perdido irrevocablemente, y ellos son numerosos —pues el ejemplo ha venido de arriba, la ruta es fácil y está trazada:—seguir la corriente del día, resignarse á la duda ó á la negación, consolarse de todas las miserias humanas y de los próximos cataclismos con una sonrisa desdeñosa, y volver á cubrir el profundo vacío de las cosas (en el cual solo se cree) con un velo brillante al cual se decora con el hermoso nombre de ideal—sin dejar de pensar que él no es sino una quimera útil.

En cuanto á nosotros, pobres niños perdidos, que creemos que el Ideal es la única Realidad y la sola Verdad en medio de un mundo cambiante y fugitivo, nosotros que creemos en la sanción y en el cumplimiento de sus promesas, en la historia de la humanidad como en la vida futura, que sabemos que esta sanción es necesaria, que ella es la recompensa de la fraternidad humana, como la razón del universo y la lógica de Dios;—para nosotros, que tenemos esta convicción, solo hay un partido que tomar: Afirmemos esta Verdad sin temor y tan alto como sea posible; lancémonos por ella y con ella en la palestra de la acción, y por encima de este entrevero confuso, tratemos de penetrar por la meditación y la iniciación individual en el Templo de las Ideas inmutables, para armarnos allí de los principios infrangibles.

EDUARDO SCHURÉ.

FUERZA Y MATERIA

Los átomos y la materia radiante (1)

Leemos en «The Theosophist», que Flammarion, con motivo de dar cuenta de las experiencias de Crooks, dice que Faraday, en 1816, fué el primero que tuvo la idea de la materia radiante, pensando que esta idea era la hipótesis más atrevida que se pudiese concebir. Agrega Flammarion, que si alguno al principio de este siglo hubiese preguntado lo que era un gas, se le hubiese respondido que era una materia fluida, enrarecida hasta el punto de ser impalpable, apercibiéndose uno de su presencia, cuando él se encuentra bajo el impulso de un movimiento violento.

Se hubiera dicho, además, que un gas no es susceptible de tomar forma alguna, ni de licuarse; que tiende siempre á dilatarse cuando no encuentra resistencia y que bajo la presión se contrae.

Esas eran las ideas respecto de los gases hace treinta años, pero las investigaciones de la ciencia moderna han cambiado profundamente tales opiniones sobre la constitución de este fluido elástico. Nosotros consideramos á los gases como compuestos de un número infinito de partículas ó moléculas, las cuales están en un movimiento incesante de cuya velocidad dificilmente nos podemos hacer idea.

Como el número de estas moléculas pasa todo lo que la imaginación puede suponer, resulta que una molécula no puede moverse, en cualquier sentido que sea, sin encontrar otra contra la cual tiene que chocar.

Si se extrae de un vaso perfectamente cerrado una gran cantidad de gas ó de aire, el número de sus moléculas disminuye, aumentándose el espacio que tienen las otras para moverse. La longitud de la carrera que ellas pueden recorrer está en razón inversa de su número.

Cuanto más perfecto es el vacío, mayor es, por consiguiente, la latitud de movimiento que ellas tienen antes de entrar en colisión. En otros términos, cuanto más aumenta la estensión proporcional del camino que deben recorrer, tanto más son modificadas las propiedades físicas del gas.

Llegados á cierto punto, hacemos posible el fenómeno del radiómetro.

Si llevamos aún más lejos la rarefacción; es decir, si en un espacio dado

(1)—Traducida del «Lotus Bleu».

disminuimos el número de las moléculas y por consiguiente aumentamos el campo de su desplazamiento, realizamos las experiencias que tanto han impresionado al mundo sabio bajo el nombre de experiencia de M. Crooks sobre la materia radiante.

Al decir de este célebre físico, los fenómenos que se producen difieren de tal manera de aquellos que son producidos por los gases bajo una tensión ordinaria que nos encontramos positivamente delante de un cuarto estado de la materia, el cual está tan lejos del estado gaseoso ordinario, como este de la condición líquida.

Las moléculas de gas contenidas en un globo de cinco centímetros de diámetro, por ejemplo, que enrarecidas, se han hecho comparativamente poco numerosas,—aunque se encuentran aún en millares y millares, siendo menos limitadas en sus movimientos recíprocos,—han adquirido una nueva propiedad de una estrema energía; y es aquí que nos son revelados, por el más brillante fenómeno, algunos de los misteriosos poderes de la naturaleza, de los que tan pocos son conocidos.

Estas moléculas proyectadas en rápidas corrientes sobre el diamante y sobre el rubí, los anima de los más espléndidos colores verde y rojo, de una infinita intensidad. El vidrio, bajo su acción, arroja resplandores fosforecentes.

Una veloz corriente de tales partículas,—que una tabla graduada é ingeniosamente alumbrada puede hacer sensible al ojo de cualquier espectador,—dirigida sobre el platino, eleva el calor de este metal más arriba de 2.000 grados y lo funde como á la cera; lo que nos muestra que todas estas moléculas, hechas más libres y más móviles por la reducción de su número, obran como balas de cañón, pero balas tan pequeñas que la imaginación se pierde al considerarlas. En el vacío que el hombre se jacta de producir, ellas se encuentran aún en número infinito.

Por medio de variadas é ingeniosas experiencias, Mr. Croocks demuestra las proposiciones siguientes: En cualquier parte que se toque la materia radiante, produce una enérjica acción fosforecente. Se mueve en línea recta.

Cuando es interceptada por una materia sólida, proyecta sombra. Ejerce una enérjica acción mecánica sobre los cuerpos contra los cuales choca.

Se desvía de la línea recta bajo la influencia de un diamante. Cuando es detenida en su movimiento, produce calor.

Estas experiencias, tan inesperadas, son de un profundo interés. Su autor ha conseguido en sus tubos hacer un vacío de una millonésima de atmósfera,

y hubiera todavía podido alcanzar hasta diez, hasta veinte millonésimas. Sin embargo, tal vacío neumático está aún lejos de ser un vacío perfecto; siempre queda alguna cosa: un verdadero estado de materia dotada de una inmensa potencia. Ese vacío representa un número incalculable de moléculas.

Así, por ejemplo: supongamos un globo de vidrio de trece centímetros de diámetro conteniendo como un septillón de moléculas de aire. Haciendo el vacío á una millonésima de atmósfera, quedará aún en este globo, un quintillón de las mismas moléculas. Si por el contrario se sustrae un quintillón de moléculas y con ayuda de la chispa eléctrica se produce un agujero microscópico en el globo, pero suficiente para permitir al aire entrar, y supo niendo además que este entre en cantidad de *cien millones* de moléculas por segundo, ¿cuánto tiempo se cree que será necesario á ese quintillón extraído para penetrar en el globo? ¡Muchas centenas de miles de años!

Y sin embargo, el globo está lleno en una hora, lo que hace forzoso admitir que no es por cien millones por segundo que se introducen tales moléculas, sino por centenas de trillones. Su pequeñez, pues, es tal, que nuestro espíritu no puede comprenderla. Propiamente hablando no es más que un punto matemático.

En el estudio de este cuarto estado de la materia, parece que hemos llegado al conocimiento del pequeño é indivisible átomo que podemos considerar como formando la base del Universo físico; y que hemos alcanzado los límites donde materia y fuerza parecen confundirse, al oscuro dominio que separa lo conocido de los desconocido.

Sin embargo, la ciencia esotérica anuncia que hay siete estados de materia, de los cuales la radiante no sería sino una sub-división del cuarto estado.

Dada esta condición ¿podemos hacernos la menor idea de lo que puede ser la potencia del séptimo estado, nosotros que benévolamente permanecemos encostrados en lo que nuestros sábios llaman las realidades objetivas?

De cualquier modo que sea, las experiencias de Crooks muestran hasta la evidencia que la *fuerza materia* está en razón inversa de la densidad de esta última, ó en razón directa de su fluidez.

Si en vez de operar con aire, se reemplaza este fluido por el éter del espacio, ¡cuán poderosa será la potencia inter-etérica! Bien entendido, que en tal caso, el procedimiento tendría que ser otro. En algunos minutos, rocas enteras serían reducidas á su principio primero; en algunas horas, enormes montañas serían horadadas sin que quedase ni las huellas de los escombros!

Pero, vamos más lejos aún. Supongamos que la fotosfera solar despoje, en un instante, de la envoltura que sirve de vehículo resplandeciente, atenuándolo, al foco *de amor, al pensamiento colectivo,* que obra detrás de esta envoltura ó por y en este vehículo luminoso; - siendo la luz un cuerpo y no un modo de movimiento;—en el momento mismo, igualmente, todos los planetas de nuestro sistema solar serían, no sólo reducidos á cenizas, sino vueltos á su elemento simple primitivo.

Llevemos, ahora, nuestras miradas sobre el hombre, penetrándonos de esta idea absolutamente cierta, verdadera, que pequeño universo ó microcosmo, él resume en sí los *siete estados* de materia de que habla la ciencia esotérica (1). Vemos, entonces, la potencia de este hombre, agrandarse y elevarse á medida que, desprendiendo de él cada uno de esos estados de materia, los ha graduado y sucesivamente realizado, haciendo evolucionar por su voluntad, un estado superior, al imperio del cual el estado inferior queda sometido.

Es así que se podrá mandar verdaderamente á los elementos..

Apoyándonos sobre la observación y guiados por la analogía, esperamos poder probar científicamente la potencia real del hombre sobre la materia, en general, demostrando primeramente, el poder de la Fuerza intelijencia sobre la Fuerza materia física.

Volveremos, pues, á ocuparnos de este sujeto.

JULES LEMAITRE.
M. S. T.

LA CIENCIA DE LAS RELIGIONES (2)

El Movimiento, la Vida y el Pensamiento son los tres fenómenos universales cuya explicación han buscado nuestros antepasados. El fuego ó el calor, en sus variadas manifestaciones, ha sido para ellos el agente cósmico y terrestre del Sol; y el viento, es decir, el aire en movimiento, la condición sin la cual estas manifestaciones no podrían persistir, ni aún producirse.

(1) Veer «Buddhismo Esotérico» por Sinnétt.
(2) Traducido de «La Ciencia de las Relijiones»

Concibiendo estas tres cosas como agentes universales los han identificado viendo en ellos tres faces distintas de una fuerza única que engendra la innumerable multiplicidad de los movimientos del mundo. El estudio de los libros sagrados de la India y de la Persia nos demuestra que tal ha sido la doctrina primordial. Esta fué la primera forma del concepto á que más tarde se ha llamado Trinidad.

Cuando nuestros antepasados observaron los fenómenos de la vida, percibieron en ellos una variedad de formas y de aspectos que no cede en nada á la de los movimientos físicos.

Además, la unión constante de la vida y del calor los llevó naturalmente á identificar ambas cosas, y como lo menos no podía producir lo más, fueron inducidos á atribuir una vida á los primeros principios del movimiento, y á hacer seres vivientes de la fuerza motriz universal. El sol no fué simplemente el motor, sino el *Padre Celeste*, el fuego fué llamado el *Hijo*, y el viento fué el *Espíritu Santo*, cuyo soplo penetra á todos los seres que respiran, y á cuya vida alimenta. Esta es la segunda forma de la *Trinidad*, que es de naturaleza psicológica, y que coordina á su alrededor todos los fenómenos vitales del Universo.

La tercera se refiere á los fenómenos del pensamiento. La tierra nos los ofrece de todos los grados, desde el pensamiento más rudimentario, cuya presencia puede ser constatada en los animales inferiores, hasta el hombre, en el que se eleva á la concepción de las verdades generales y de los principios absolutos.

Aquellos de nuestros antepasados que han instituido la religión no se han preguntado, como ciertos espíritus modernos, estrechos ó prevenidos, si las bestias tienen alma; pues son solos fenómenos del pensamiento, por consiguiente de la vida y del calor, lo que manifiestan eso á que se llama alma, y dichos fenómenos se observan, según la especie, tanto en las bestias como en nosotros mismos. Por lo tanto han visto el pensamiento difundido en el Universo con la vida y el movimiento, y del mismo modo que el movimiento se explicaba para ellos por la presencia de la vida; la vida, á su vez, se explicó por el pensamiento. En fin, lo que hay de variable y de diverso en este último, halló su razón de ser en el pensamiento universal y absoluto.

El dios que no había sido al principio más que un sér resplandiente (*déva*), fué en seguida un principio de vida (*asoura*) y en tercer lugar el pensamiento, tomado en su sentido más elevado, es decir, en su expresión religiosa (*brahama*)....

... Lo que importa constatar como un principio fundamental de la ciencia, es que la religión es á la vez un concepto metafísico, una teoría, y una explicación sintética del Universo visible. Sin embargo, una teoría no constituiría una religión completa si únicamente fuese una idea y una abstracción; de aquí proviene el establecimiento del culto.

Ahora bien, *no ha habido más que un solo culto posible, y el estudio de los monumentos antiguos, comparado al de las religiones existentes, prueba de una manera indudable que no ha habido más que uno solo* ... En efecto, una vez que Dios es concebido como sér inteligente cuya razón engendra las leyes del mundo, y cuya acción produce la vida y el movimiento, el hombre siente su existencia encadenada á esta potencia infinita, á la que concibe como *análoga* á sí mismo, aunque inmensamente superior.

Este acto de sentimiento, este reconocimiento del lazo que lo une á Dios es el primer aspecto que toma la religión. El segundo es la obra ostensible por la cual este acto de fe se manifiesta al exterior. Esta obra es el sacrificio; esta manifestación, es el culto.

Al principio el culto ha sido personal y doméstico, celebrado en la familia por el padre, rodeado de su mujer, de sus hijos y de sus servidores. En seguida se ha hecho público: las familias se han reunido alrededor de un altar común; el número de sacerdotes ha aumentado, se han formado las iglesias y por la unión de los recursos de sus miembros, se ha dado al culto un desarrollo, un brillo y un lujo, de que no eran susceptibles las religiones domésticas.

Los hechos que aquí resumimos pueden ser puestos de manifiesto por una simple lectura del *Veda*. Los himnos indios, *cuya fecha es anterior á la de todos los libros conocidos*, llegan hasta dar el nombre de antiguos iniciadores á aquellos que han hecho pasar el culto desde el estado doméstico á la publicidad. Les llaman *Ríhous*, y este nombre responde letra por letra al de *Orpheo*, así como también la leyenda del canton de Francia responde á la del antiguo ribhou.....

Todo hombre, sacerdote ó laico, judio ó cristiano, que, sin prejuicio y sin pasión, quiera interpretar los hechos tales como la filosofía y el estudio comparado de las religiones no los enseñan, eucontrará que todas las religiones árias, las antiguas como las actuales, SON IDÉNTICAS EN SU FONDO, REPOSAN EN LA MISMA TEORÍA Y PRACTICAN EL MISMO CULTO. La teoría era completa, y el culto estaba organizado en todo lo que tiene de fundamental, es decir, de simbólico y de expresión, antes de la época en que fueron compuestos los últimos himnos

védicos que poseemos. Desde entonces, *nada de importante ha sido añadido*, y diré más todavía: *ninguna religión ha cambiado nada á la institución primitiva.* Nuestros ritos, de la mayor parte de los cuales nada comprendemos; nuestros símbolos que casi han llegado á ser letra muerta; nuestras leyendas, *aún en aquellos que parecen tener más de real y de local*, se encuentran ya expuestas en el Veda, casi en los mismos términos que hoy empleamos.



EMILIO BURNOUF.

LA HABITACION DEL BARON (1)

Lo que haceis es indigno, Mr. Digby—dijo la señorita Van Renslaar de Nueva York.—Deseo enterarme de todo lo concerniente á vuestras instituciones, y me negais una introducción al fantasma de vuestra familia.

—Señorita Van Renslaar—replicó su huesped;—pedidme cualquier otra cosa y es vuestra.

—¿No quereis?

—Siento mucho usar una frase semejante con una señora. No, no quiero.

Era una tarde de Navidad, y unas cuantas personas hallábanse reunidas en el salón de fumar de Hensham House. Ahora bien; Hensham House había sido construída en el siglo XVI, y como todas las casas de campo debidamente constituídas, poseía una habitación frecuentada por duendes, en la cual la señorita Van Renslaar quería pasar la noche. Como su huesped no cedía, dirigióse á su esposa.

—¿No quereis persuadirlo, señora Digby?

—Témome que debo ayudarle, querida mía. Por supuesto, no hay nada de particular en la tal historia; pero después que la señora Lesley fué encontrada sin sentido en su habitación cuando su doncella fué á llamarla, no hemos vuelto á permitir que nadie duerma en ella.

La señorita Van Renslaar suspiró hondamente; luego dando una alegre palmada, exclamó:

(1) Trascrito de la Revista Teosófica «Soplia».

— Aquí está el coronel Vansittart; es un soldado inglés y un veterano. Tenéis que dejarle dormir en vuestrn habitación de los duendes, Mr. Digby, para que nos refiera lo que vea.

Digby se echó á reir.

—Ciertamente—dijo;—Vansittart dormirá allí si así lo desea. No tengo miedo de que vea al fantasma.

—Muy bien—exclamó la señorita Van Renslaar.—Oís, coronel Vansittart; dormiréis allí esta noche, ¿no es eso?

El coronel Vansittart sacudió la ceniza de su cigarro, y dió la siguiente sorprendente contestación:

—Siento mucho tener que negarme, señorita Van Renslaar.

—¿No queréis dormir en esa habitación? ¿Pero vos tenéis miedo al fantasma?

El coronel Vansittart echó una mirada al círculo, y respondió deliberadamente:—Creo que sí, señorita Van Renslaar.

Sus oyentes se echaron á reir. Luego, al ver que la cara de su interlocutor permanecía muy seria, se miraron unos á otros y permanecieron silenciosos. Vansittart era un soldado duro y bronceado, entre cuarenta y cincuenta años, y había visto muchas fases de la vida en casi todos los países del mundo.

—¿Seguramente que no creeréis en fantasmas, coronel Vansittart?—dijo la señora Digby.

El coronel se sonrió, y como no contestara inmediatamente, repitió aquélla la pregunta.

—No lo sé—contestó su convidado pausadamante;—no digo que creo en fantasmas, lo que digo es que una vez pasé una noche en una habitación de esas, y ningún poder humano me haría dormir en otro cuarto que tenga la misma reputación.

—¿Por qué no?

Vansittart hizo una pausa, y luego contestó lenta y gravemente:—Porque he visto mi parte de horrores; porque nunca he visto nada que pueda compararse á lo que allí presencié, y no quiero volverlo á ver.

Es la tarde de Navidad—dijo la señora Digby; una hora muy á propósito para cuentos de fantasmas. Contadnos lo que habéis visto.

Vansittart vacilaba en complacer aquel deseo. Un coro de ruegos se elevó. Reflexionó un momento, y por último dió principio, hablando lentamente y fijando la vista en el fuego.

—Era en el otoño de 18.... Había pasado una temporada en París y trataba de regresar á Inglaterra, cuando me encontré con un conocido llamado Stanley. Habíamos estado juntos en Harrow, y no le había vuelto á ver desde los tiempos del colegio, y entonces era un chico raro y silencioso, impresionable y no muy fuerte. Era rico y nunca se había dedicado á ocupación alguna; parecía tener inclinación á vagar por el mundo tal como lo había hecho en la escuela. Fraternizamos como lo hacen los más estirados ingleses cuando se encuentran en el extranjero; me dijo que estaba de paso para Turena, adonde iba á ver algunas propiedades: unas viñas y una fábrica de vinos según creo, que pensaba comprar á su dueña, la viuda de un inglés. Me propuso que le acompañase, tanto porque la Turena es una de las comarcas más interesantes de Francia desde el punto de vistas de lo anticuario, como porque yo había venido recientemente de California, y conocía algo sobre el cultivo de viñedos. Como no tenía nada de particular que hacer, acepté el proyecto y partimos juntos para Turena. La aldea á que nos dirijíamos no estaba lejos de Vouvray, y llegamos allí en una mañana del mes de Noviembre. Nos alojamos en una posada, y Stanley salió á ver á la persona que deseaba vender los viñedos. Le invitaron á comer con la familia aquella noche y aceptó; y una vez concluídos sus negocios, volvió á la posada por mí y salimos á dar una vuelta. Fuera de la aldea vimos una casa vieja, pintoresca y rara, que evidentemente no estaba habitada; penetramos en su recinto y nos entreteníamos en explorarlo, cuando una voz detrás de nosotros, nos preguntó políticamente si habíamos venido con la intención de tomar la casa, la cual se alquilaba. Nos volvimos y percibimos un anciano, quien evidentemente era un jardinero ó encargado; le explicamos lo que había, y le preguntamos quién era el dueño de la casa.

—Mr. le Barón de ...—dijo.—Pero Mr. le Barón no ha vivido aquí; nunca ha habitado la casa después que heredó la finca, y á Mad. la Baronne no le gustaba.

—Eso es extraño—observé yo por decir algo—pues la casa tiene una situación encantadora.

El anciano hizo un gesto y movió misteriosamente la cabeza.

—Quizás—dijo—no es tan extraño como el señor cree; un Barón de.... anterior, murió allí en aquella habitación—y señaló á una ventana del primer piso.—Murió por su propia mano, señor, y aunque el buen padre cura ha bendecido el lugar, ha sido en vano. La habitación es espantosa, señor. ¡Ah, es terrible!.

—Frecuentada por duendes—exclamó Stanley.—Parece increible cómo persisten tales creencias. Una hermosa casa antigua vacía, y todo á causa de una superstición de chiquillos.

Hablaba en inglés, y luego, dirigiéndose al hombre, le preguntó por el suceso.

El viejo no era hombre que se hacía de rogar. La casa—dijo—era antigua, y como podíamos ver, extremadamente hermosa. El viejo Barón, que había sido de un modo notorio un mal vividor, se había suicidado cortándose la garganta. Esto había sucedido hacía unos doscientos años, y desde aquel tiempo, la casa, ó más bien aquella habitación especial, había sido inhabitable. Cuatro personas, que él recordase, habían velado en ella; una había muerto de un delirio rabioso; otra fué encontrada muerta de apoplegía en la habitación; un tercero estaba actualmente en una casa de locos de Tours, y el cuarto había seguido el mal ejemplo del Barón, y se había quitado la vida cortándose la garganta con un cuchillo perteneciente á unos trofeos indios colgados de la pared. Relacionado con este último caso, había habido una circunstancia que era inexplicable: el cuchillo con que se ejecutó el suicidio, se encontró á considerable distancia del cadáver, que yacía en una cama al extremo de la habitación, con la cara ligeramente contraída y los miembros aparentemente colocados con cuidado.

A pesar de las detalladas pruebas en que el narrador apoyaba su historia, nosotros nos sentíamos dispuestos á reirnos de todo ello. Stanley, especialmente, parecía divertido, y él fué quien propuso que pasáramos la noche en la habitación de los duendes. Siempre había tenido—me dijo—un gran interés en estas manifestaciones de la credulidad humana. Por mi parte no sentía gran atracción por estas cosas, pero, sin embargo, me hallaba dispuesto á aceptar el proyecto por la broma que encerraba.

El anciano parecía sinceramente aterrorizado de nuestra idea. Al principio se negó rotundamente á permitir el experimento, y sólo cuando después de repetidos ruegos, le ofreció Stanley una buena propina, consintió de muy mala gana, declarando aún entonces que nuestra sangre cayera sobre nuestras cabezas, y que por su parte se lavaba absolutamente las manos respecto de las consecuencias. Le dejamos haciéndose cruces y rogando á todos los santos, y nos volvimos á la posada. Stanley se fué á comer con la viuda y el hijo del último propietario de los viñedos y de la fábrica de vinos, mientras yo lo hacía solo en la posada; escribí luego un par de cartas y marché en busca de Stanley, como estaba convenido.

La ventana de la casa daba al camino que conducía al castillo de los duendes, y al llegar á ella, ví á Stanley que me esperaba fuera de la verja. Estaba de pie, completamente inmóvil, y su cara, iluminada por la luna, me pareció más pálida que de costumbre, y sus ojos extraños y vidriosos.

—¡Ya estáis ahí—dije.—¿Estáis pronto á mediros con Mr. le Barón?

—Sí—dijo después de una ligera pausa;—estoy pronto.

Pensé también que su voz parecía extraña: sonaba ahogada y hueca. Le miré y no pude menos de sentirme algún tanto impresionado. ¿Por qué se había vuelto él tan repentinamente nervioso, y por qué parecía tener mucha menos confianza que antes?

Me puse á silbar suavemente mientras caminábamos; él guardaba silencio y su cara se tornaba más y más extraña y espantada. Algunas veces andaba á mi lado, otras delante de mí, pero nunca se quedaba atrás. Gradualmente, á medida que avanzábamos, yo también empecé á sentirme nervioso de un modo desagradable; el sentimiento de alguna presencia horrible se me imponía; era una locura, y sin embargo, era una sensación que no me era posible rechazar. Sentía una debilidad física intensa tal como jamás la he experimentado; era una sensación, como si algún poder invisible me estuviese haciendo una espantosa extracción de vitalidad.

Por último llegamos al castillo y allí nos esperaba el anciano, el cual empezó á rogarnos, aún hasta este último momento, que abandonásemos nuestra empresa.

Yo hubiera vacilado, pero Stanley, rechazando su abatimiento, insistió con una hilaridad que tenía algo de horripilante, en entrar en la casa. Comprendiendo en seguida que todas sus protestas eran inútiles, el anciano cayó en un triste silencio, y de muy mala gana nos condujo á la habitación de los duendes, la cual vimos que era grande, sólidamente amueblada y sus paredes cubiertas de tapices que se inflaban y agitaban horriblemente con la corriente de aire, pues era una noche de viento, como impulsados por alguna forma oculta ó espectral.

La habitación estaba bastante bien alumbrada, pero los rincones eran sombríos, y en ellos había armaduras completas; y una y otra vez cruzó por mi imaginación la ridícula idea de que aquellas viseras cerradas de los cascos podrían ocultar cabezas de esqueletos, de gesto horrible, ó caras lívidas de muertos. Allí había sillas, una mesa, una cama, un secretaire de china; y los cuchillos y trofeos indios de que habíamos oído hablar, se hallaban colgados en la pared. La pared del fondo de la habitación estaba casi toda

cubierta con un enorme y empolvado espejo, y frente al mismo estaba el sillón en que el Barón había muerto, y en el cual se decía que aparecía aún, para repetir su terrible acto.

El anciano nos dejó. Yo cerré la puerta, examiné la habitación y encendí otra luz.

—Ea—dije en tono que me esforcé en hacer alegre—ya estamos prontos para recibirle, ¿eh??

—Sí—dijo Stanley;—pero observé que hablaba con voz extraña y farfullada, y comenzó á pasear de un lado á otro de la habitación. Principié sériamente á temer los efectos del terror en el cerebro y sistema nervioso de este hombre; pues aunque era un miedo absurdo, sin embargo, podía ocasionar resultados desastrosos.

—Mirad, Stanley—dije—yo no estoy muy á gusto en este sitio, así, si tampoco estáis vos contento, lo mejor es marcharnos.

No, me contestó, y no cesó de pasear y se quedó mirando fijamente en el espejo, como si estuviera observando algo. La cosa se volvía decididamente horrible, y mis nervios estaban en tal excitación, que cuando una vez un ratón dió un chillido y salió escapado á través de la habitación, me hizo verdaderamente dar un salto de espanto. De nuevo sentí la impresión de horror de alguna presencia espantosa invisible, y á la vez la misma extracción de vitalidad física que antes. Indudablemente había algo en el cuarto que trataba de absorver mi vida, y con toda la fuerza que me quedaba, puse mi voluntad en contra de aquella presencia diabólica invisible, y sin embargo, palpable, y gradualmente sentí que la extracción se aminoraba; cesé de esforzarme tanto y pude respirar con libertad nuevamente.

Miré á Stanley, y la expresión deprimida y chupada de su cara me llenó de horror. Su voz no era más que un ténue murmullo cuando me contestaba.

De repente empezó á examinar los trofeos de la pared. Descolgó uno de los cuchillos que empuñó de un modo convulsivo, y lo miró con ansiedad. Luego se deslizó de sus manos y cayó sobre la mesa, y nuevamente principió Stanley aquel pasear agitado, sin reposo, anormal, de un lado á otro, como un tigre aprisionado, lanzándose arriba y abajo en su jaula.

—Por Dios vivo, hombre—exclamé con impaciencia;—sentáos y hablad como un ser racional.

Volvió su cara pálida y sus ojos relucientes hacia mí, y continuó su paseo. Dieron las once y media, luego las doce menos cuarto.

—La hora del Barón está cercana—dije tratando de reir.

Stanley se rió también. Si podéis imaginaros la risa de un muerto galvanizado por un momento en un horrible apariencia de vida por algún demonio, podréis quizás formaros una idea de lo que parecía esta risa espantosa. Me estremecí á pesar mio, y con el miedo irresistible que empezó á invadirme, volví á sentir aquella tremenda extracción de vitalidad que había experimentado ya por dos veces. Jamás había sentido hasta entonces, ni he vuelto á sentir cosa semejante; y la sensación de terror irresistible que traía consigo, parecía aminorar mi poder de resistencia. El reloj del castillo principió á dar la media noche.

Stanley dió tres largos pasos y se sentó en la silla del suicida, cerca de la mesa, sobre la cual había caído el cuchillo. Sentí una especie de desvanecimiento de horror, dí un salto hacia él, y de pie detrás del sillón, le cogí por los hombros:

—¡Gran Dios, Stanley—grité—levantáos: esta es la silla del fantasma, y la hora ha sonado!

Su mano se dirigió á la mesa. Una ráfaga de viento, zumbando alrededor de la casa, agitó el tapiz cerca del espejo y al levantar involuntariamente la vista—aquí la voz de Vansittart se tornó ronca de horror—mis ojos se fijaron en el espejo en el cual ví reflejada toda la habitación con sus muebles. Ví mi propia imagen con las manos agarrando la figura en el sillón. Ví lo que agarraba, y os juro que lo que yo sujetaba no era Stanley. Era un hombre vestido á la moda del siglo XVII. Tenía en la mano el cuchillo indio que había cogido de sobre la mesa, y lo pasaba á través de su garganta cortada y horrible. Su cara jamás la había yo visto antes, descolorida, espantosa, con los ojos muertos, inmóviles, y una boca con una mueca horrible, que se reía de mí con una apariencia de vida maligna y burlona. Aquel ente estaba sentado, tieso en la silla, dándose tajos en la garganta, de la cual corría la sangre á torrentes. Ante espectáculo tan horroroso, apenas tuve tiempo de darme cuenta de mi posición: estaba solo con este compañero monstruoso; el amigo con que contaba al emprender esta aventura, no sólo me había dejado en el atolladero, sino que de un modo inexplicable se había transformado en aquella cosa horrenda; caí al suelo sin sentido.

Cuando recobré el conocimiento, ví al viejo jardinero y á otros dos hombres más jóvenes á mi lado. El sol brillaba, y la puerta, que había sido forzada, yacia rota en el suelo. Me levanté haciendo un esfuerzo, y eché una mirada de espanto en torno mio El uchiilo estaba en el suelo con la hoja

manchada de sangre, pero no se veía ninguna otra mancha y los horrores de aquella noche habían desaparecido. Principié á hacer preguntas á aquellos hombres, quienes me declararon que habían encontrado la puerta cerrada, y siendo las ventanas demasiado estrechas para permitirles la entrada, habían forzado la puerta y me habían encontrado sin sentido.

—¿En dónde está el otro caballero?—pregunté.

—El otro caballero no estaba aquí—me contestaron.

—¿Estaba la puerta cerrada? ¿Estaba la llave por dentro?

—Sí, la llave estaba por dentro.

Evidentemente, tal como la había yo dejado por la noche. Los cabellos se me erizaron literalmente. Me marché á la posada, pero Stanley no había vuelto; en su lugar me encontré una carta del hijo de la señora con quien él había comido. Me decía que á mi amigo le había dado un ataque repentino de debilidad y mareo, que había durado tanto, que por consejo del doctor había pasado la noche en su casa. Inmediatamente marché á casa de la viuda, y su hijo vino á mi encuentro nervioso y excitado. Me dijo que Stanley había sido llevado arriba con dificultad, y que después, como parecía estar mejor, le dejaron solo.

Le oyeron cerrar la puerta, y cuando se habían ido á acostar, á las diez, oyeron su respiración fuerte y pausada. Por la mañana no habían podido hacerse oir de él y principiaban á estar muy inquietos, y precisamente estaban considerando si no sería prudente forzar la puerta.

Había sido á las diez y media cuando me encontré con aquella apariencia de Stanley por fuera de la verja, y ahora, al acompañar al joven á la puerta de la habitación, sentía de antemano intuitivamente una certeza horrible de lo que iba á presenciar. Estaba cerrada, como él había dicho, y no obtuvimos contestación á nuestras repetidas llamadas: así, pues, forzamos la puerta, Stanley estaba en la cama. Yacía completamente inmóvil, y la ropa de la cama no denotaba desorden alguno.

Su cara, con los ojos ligeramente abiertos, era como una máscara de cera amarilla: todo el color había huído de ella juntamente con lo que manchaba la blancura de la sábana y formaba coágulos en la alfombra que cubría el suelo. A través de la garganta se veía una herida terrible. El joven que me acompañaba dió un grito de horror y espanto. Seguidamente empezó á buscar, aunque inútilmente, el arma que había servido para perpetrar el horrible acto; pero no le ayudé en sus pesquisas porque sabía que no la encontraría, yo estaba seguro: sabía que colgaba con las demás curiosidades indias de la pared de la habitación del Barón.

IVI HOOPER.

PESAMIENTOS

El hombre virtuoso puede ser comparado á un árbol corpulento y frondoso que mientras está expuesto á los ardores del sol, procura fresco á los otros cubriéndolos con su sombra.

(*Sentencia Oriental*)

Cuando morimos, el dinero y las joyas que tanto trabajo nos ha costado amontonar, durante la vida, quedan en poder de nuestros parientes y de nuestros amigos, pues no pueden acompañarnos sino hasta la hoguera donde nuestros restos son consumidos; pero nuestras virtudes y nuestros vicios nos siguen por todas partes.

(*Id. id.*)

Es mas fácil arrancar un diente de la boca de un corcodrilo, ó envolverse alrrededor de la cabeza, como una guirnalda de flores, una serpiente irritada, que hacer cambiar de sentimiento á un ignorante obstinado.

(*Id. id.*)

Si os pregintan: ¿cuantos sois? Responded: Somos uno; porque nuestros hermanos somos nosotros y nosotros nuestros hermanos.

(*Eliphas Lévi.*)

Nada es perdido ni olvidado. Los lazos que unen á las almas á través de los tiempos, son tejidos con beneficios del pasado.

(*Id. id.*)

Acude en auxilio de la Naturaleza y trabaja con ella, y la Naturaleza te mirará como á uno de sus creadores y te prestará obediencia.

Y ante tí abrirá de par en par las puertas de sus recintos mas secretos, y desnudos presentará ante tus ojos los tesoros ocultos en las profundidades mismas de su seno puro y virginal. No profanada por la mano de la materia, muestra sus tesoros únicamente al ojo del Espíritu, al ojo que jamás se cierra, al ojo para el cual no existe velo alguno en todos sus reinos.

(*La Voz del Silencio.*)

Revistas Teosóficas recibidas:

«Sophia».—Madrid. Esta interesante revista española, publica en su número de Setiembre, los siguientes trabajos: «Carácter Esotérico de los Evangelios», por *H. P. Blavastky*; «Génesis» (continuación) por *A. Soria* y *Mata*; «Nuestros antecesores teosóficos más inmediatos», por *Isabel Cooper Oakley;* «La Filosofía Sahya», por *B. Keightley*; «La Vía Perfecta».

The Theosophical Review». —Lóndres. — «La Sibila y sus Oráculos» por *G. R. S. Mead*; «Las Aguas de Renunciación» por *H. Kitchen;* «Problemas de Religión», por *Annie Besant;* «La educación de la raza humana», por *Lessing*, etc., etc.

«The Thesosphist».—Madrás. «Antiguas hojas de un diario», por *H. S. Olcott*; «Axiomas Teosóficos», por *W. A. M.*; «Observaciones sobre los alimentos», por *Tepper*; «Principios de manifestación ó evolución», por *Orkwill*, «Facultad clarovidente en los animales», por *P. J. G.*

«Revue Thesophique Francaise»—París. «Un místico cristiano», por *D. A. Courmes*; «Dioses y fuerzas», por *Guymiot*; «Variedades ocultas», por *Evelyn Pyne.*

«Teosofía». —Roma. «Reencarnación», por *Pascal*; «Corroboración científica de la Teosofía, por *A. Marquez.*

«Theosophia». Amsterdam. – «El Tao-Te King» (continuación); «Cooperación», por *Afra*; «El uso de las influencias cancionales», por *P. C. Menleman*, etc.

«L'Idée Thesophique».—Bruselas. «El movimiento teosófico»;—«Flores de Teosofía», por *H. P. Blavastky;* «Pensamientos escojidos», etc., etc.

Además la Rama Argentina «Luz», ha sido obsequiada por la de Berlin con diversas publicaciones hechas por esa Rama que muy sinceramente agradecemos á los hermanos que la forman.

La Revista Española «Sophia», al anunciar en su número de Setiembre último, la aparición de «Philadelphia», manifiesta una vez más, con sus frases elogiosas y llenas de cariño, el espíritu de verdadera fraternidad que siempre hemos visto palpitar en sus interesantes columnas.

Reciba, por ellas, que tanto aliento nos traen, la expresión de nuestro especial reconocimiento.